



EPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI. NÚMERO 9.^o — Madrid, 25 de Setiembre de 1882. NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Tres meses..... 16 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica*, por D. Damián Isern.—*San Miguel de Escalada*, por D. Juan L. Castrillón.—*La cadena humana*, por D. Antonio Frates y Sureda.—*La señorita de Newville* (continuación), novela de Matilde Bourdón.—*Introducción al otoño*, poesía, por D. José Selgas.—*Los grabados: Saint Generst; Elche y sus palmeras; San Miguel de Escalada; Chesos de Aragón.*—*La luna y la tarde*, poesía, por D. José Antonio Calcaño.—*Revista de conocimientos útiles.*—*Ante un crucifijo*, soneto, por D. Agustín Yangüas.—*Miscelánea.*—*Ferrogífico.*—*Anuncios.*

GRABADOS.—*Saint Generst.*—*Vista interior de San Miguel de Escalada.*—*Vista exterior de San Miguel de Escalada.*—*Elche y sus palmeras.*—*Chesos de Aragón.*

REVISTA

AHORA que podemos y murmurar del verano sin temer sus venganzas, debemos confesar lealmente que ha sido un buen verano, menos para los egipcios.

El fuego de la artillería inglesa ha debido ser más riguroso para los vecinos del Mar Rojo, que el calor del estío para nosotros, felices moradores del mar muerto, y sin sudar apenas, nos hemos encontrado de manos á boca con el invierno, como el sucesor de los faraones, sin pelear apenas, se ha estrellado contra una esquina de las Pirámides.

No nos explicamos por qué el Guadarrama ha sacado tan pronto los pies de las alforjas; si ha sido por limpiar á Madrid de sus aires perniciosos, se ha llevado chasco, pues justamente ahora es cuando nos invaden los miasmas peores, concentrándose en el salón de conferencias, limpio y puro durante el verano.

Los políticos regresan á sus laboratorios, como el doctor Garrido á su farmacia, y al encender los hornillos para confeccionar sus drogas, será cuando el aire se corromperá con miasmas deletéreos, agravando la tísis de España.

Contra este peligro es impotente el Guada-

rama, pobre serrano que nunca llegará á ser duque, ni general, sin cuyos títulos de nada le valdría su nombre para influir en los destinos del país, á pesar de sus buenas intenciones y de sus pulmonías fulminantes.

El hecho es que las lluvias y los vientos fríos con que nos ha favorecido Setiembre, anticipan este año la vuelta de los veraneantes, que huyen del campo como las codornices, buscando el clima cálido de la Corte, donde tiene su asiento el sol que más calienta.

Madrid vuelve á ser Madrid; las oficinas se ven

más concurridas de empleados, los teatros abren sus puertas, ó mejor dicho, levantan sus telones y despliegan sus bambalinas; los cafés recobran la animación de las noches de invierno, y como para prevenir estos sucesos, la justicia ha abierto solemnemente sus tribunales.

**

Esta apertura, que coincide con las primeras brisas de otoño, como la madurez del entendimiento coincide con las primeras canas de la vejez, se ha celebrado este año en condiciones dignas de notarse.

Un nuevo presidente del Supremo Tribunal, y un nuevo salón del *Palacio de Justicia*, han dado al acto mayor importancia que en años anteriores.

El salón, llamado del Pleno, viene á ser como el corazón de aquella casa, edificada para religiosas Salesas y arrebatada por la Revolución para tribunales de justicia. Este corazón debía ser singularmente adornado, y, en efecto, este año ha lucido sus preseas, aunque no todas, pues no hubiera caracterizado bien el objeto de su destino si, á ejemplo de nuestros Códigos, no hubiera tenido alguna cosa provisional.

Es un salón de veinte metros de largo y nueve de ancho, proporción nada conveniente para el decorado, pues mirado desde un extremo semeja un inmenso ataúd, ó más bien, un soberbio embudo.

Embudo ó ataúd, bien se ve que no cuadra al destino del salón: que ni la justicia ha muerto en España, ni la ley del embudo puede prevalecer en nuestros tribunales.

En este ataúd ó en este embudo, como ustedes quieran, se ha pintado un magnífico techo, de carácter alegórico, representando el origen divino de la justicia, sus nobles atributos y sus beneficios saludables.

En una parte del cuadro, la Verdad, que sale del pozo con el



SAINT GENERST.
Ayuntamiento de Madrid

espejo en la mano, al uso mitológico, ahuyenta con el resplandor de sus rayos los vicios y crímenes que aquejan á la sociedad; mientras que se postran á sus plantas, implorando sus auxilios, todos los afligidos y menesterosos.

El pintor hubiera immortalizado su nombre, si inspirándose en la misma verdad, hubiera colocado á los piés de esta hermosa hija del cielo, implorando justicia y protección, á varias monjas salesas; dueñas de aquel edificio por la munificencia de los monarcas fundadores.

Esta es la idea que á uno le asalta al contemplar aquel fresco, donde aparece el Padre Eterno como si saliera á protestar del atentado que arrojó á la calle á las religiosas y de la inconveniencia irrisoria de colocar en aquel sitio el trono de la justicia de España.

Por lo demás, la pintura es notable en sus cualidades técnicas, y recomendamos á los inteligentes que vayan á visitar el salón, para juzgar, pero no para ser juzgados.

**

Hemos hablado del nuevo salón y debemos no desairar al nuevo presidente.

El Sr. Alonso Colmenares, agradecido á la gracia ó justicia del ministro del ramo que acaba de rubricar su nombramiento, dedicó su discurso inaugural á las reformas en el orden del procedimiento criminal que se van á llevar á cabo y puso en los cuernos de la luna al Sr. Alonso Martínez, rodeándole en esa altura de nubes de incienso.

Con haber gastado la pólvora en salvos, resultó que al hablar del Jurado y del matrimonio civil se quedó corto, y aunque asomó un tantico la oreja racionalista, le faltó valor ó le sobró prudencia y nos dejó sin saber su opinión sobre estas materias.

Verdad es que, habiendo ensalzado hasta lo increíble al Sr. Alonso Martínez, las dudas y oscuridades del discurso pueden esclarecerse con esta reflexión.

Si nadie como el ministro sabe dónde le aprieta el zapato á la justicia en España, su opinión será la mía, por aquello de que dime con quién andas y te diré quién eres.

La ciencia del derecho no es tan inflexible ni escrupulosa como se la pinta; mantiene íntimas relaciones con el arte de la vida, y el fruto de estas relaciones es como la uva, que se vendimia en el otoño para contrarrestar con su ardiente jugo el frío del invierno.

**

Truena un periódico, y con harta razón, contra el precio excesivo de las obras de texto.

Debería bastar esta condición en un libro para que fuese más barato que ningún otro, pues tiene más probabilidades de venta, y se consagra á la enseñanza, que debe facilitarse, especialmente para los pobres, que son los que más la necesitan.

Y sin embargo, sucede todo lo contrario; un novelucho de mala muerte, que no hace maldita la falta á nadie, se vende por cuatro cuartos, impreso en buen papel, con hermosos tipos y hasta con elegantes láminas en cromó ó en madera; y el libro de texto, necesario á muchos, y lo más grave, á muchos pobres que siguen carrera, se vende carísimo, mal impreso, mal encuadernado, y quiera Dios que no pueda añadirse, mal pensado y peor escrito.

Se dirá: cada cual es libre de poner precio á sus obras. Es verdad, pero las obras señaladas para texto gozan de un privilegio que no les han dado sus autores, sino el Estado que las declara tales, y en este sentido, si del Estado reciben el carácter que las encarece, no debe consentirse á los autores que exploten en provecho exclusivamente suyo un privilegio otorgado en beneficio de todos.

Los libros de texto, una vez que existen, deben someterse á tasa, y si la tasa repugna á los partidarios del progreso moderno, más repugna á los padres de familia el verse explotados por la codicia de la ciencia moderna.

Donde quiera que el derecho nuevo ha aplicado algún principio de libertad, ha surgido alguna tiranía en beneficio de los menos y en daño de los más numerosos y necesitados. Por eso, al destruir los antiguos privilegios no se ha hecho más que crear otros nuevos, con la diferencia de que si todos los antiguos no eran buenos, todos los modernos son malos.

**

Amigos nuestros, que han pasado el verano en San Sebastián, nos dicen que el juego ha hecho allí estragos espantosos.

La aristocracia madrileña ha pagado el pato, dejándose sobre el tapete verde muchos miles de duros.

La ceguedad de los jugadores no tiene semejanza:

se dejan robar á cartas vistas y convierten en diversión las peripecias de su ruina.

Pero no es esto lo que más nos sorprende, sino que un delito, que por su índole ha de ser casi público, escape con tanta facilidad á las pesquisas de la policía. ¿Qué unto ó que aceite cubre el cuerpo de esa anguila, criada y mantenida en el cieno de los garitos, que al echarla la mano la justicia, se escurre por entre los dedos para volver á su madriguera?

El actual gobernador de Madrid ha hecho en este terreno más que ningún otro; ha perseguido el juego con encarnizamiento; y sin embargo, se dice, que la epidemia que tantos estragos ha hecho en San Sebastián se ha metido en Madrid, donde han ocurrido ya varios casos.

¿No sería bueno someter á cuarentena y á fumigaciones las procedencias de San Sebastián?

**

Las lluvias de estos días han sido muy beneficiosas para los campos. La Providencia, que alimenta á los pajarillos, no puede hacerse sorda á nuestras necesidades, y aunque es cierto que no merecemos sus beneficios, los recibimos constantemente como don gratuito de su misericordia inagotable.

La pertinaz sequía nos amenazaba con un otoño seco y estéril, y Dios, sin someterse á las ordenanzas de ningún bando, sin responder á procedimientos científicos ni industriales; obrando sólo por misericordia y amor á los hombres ha abierto los manantiales del cielo y ha derramado sobre las tierras sedientas el agua vivificadora.

La siembra se hará en condiciones muy ventajosas, y el agua de hoy será mañana pan con que podamos alimentarnos, debido á la bondad de Dios, que corresponde con nuevos y constantes beneficios á la ingratitud y miseria de los hombres.

Digan los reformadores de la sociedad cuanto quieran, inventen nuevas teorías sobre economía y sobre moral, vuelvan la espalda á Jesucristo y á su Iglesia; siempre conservará su prestigio inefable esta invocación, que el mismo Dios enseñó á los hombres: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy...»

**

Diálogos de actualidad.

Hace pocas tardes, cuando llovía á torrentes y las calles de Madrid se semejan á las de Venecia, convertidas en canales, un dependiente del Municipio, de los encargados del riego, yacía sentado en el umbral de la puerta con la manga de riego arrollada á sus piés, como una mansa culebra.

De vez en cuando levantaba los ojos al cielo, y con señales de profunda impaciencia repetía:

— ¡Cuando cesará esta maldita lluvia para que yo pueda regar!

Clarita es una joven muy elegante: sigue las modas como la sombra al cuerpo.

Este año ha salido á veranear, y huyendo de las lluvias ha sido de las primeras en regresar á la Corte. Ayer se encontró con un chusco en la calle:

— ¿Dónde ha andado usted este verano? Clarita.

— En el mar.

— ¿En qué puerto? — añadió el interlocutor, estrechando el argumento.

— En el de Pajares — dijo la joven muy satisfecha.

Don Domingo tiene un sobrino muy calavera, que este verano ha estado en San Sebastián. El muchacho es huérfano y disfrutaba de un buen patrimonio, que ha disipado al juego.

Al regresar del Norte ha ido á ver á su tío, el cual, indignado de los despilfarros del jugador, le ha reprendido severamente.

— Al fin te has salido con la tuya — le decía — has concluido con todo lo que tenías...

— No, tío, no — interrumpió el sobrino — porque tengo deudas, con las cuales no concluiré nunca.

Una reflexión de cierto gomoso:

— ¿Cómo es que ya no tienes ni un cuarto? ¿Y tu rica herencia?

— ¡Dónde estará ya mi herencia! Mi pobre padre me dejó seis millones, con los cuales he tenido para vivir tres años; si en lugar de seis, me hubiera dejado sesenta, hubiera tenido para treinta años, es decir, hubiera sido rico toda mi vida.

— ¡Ya se acerca el curso! — exclamaba con pena un estudiante. — ¡Y dice mi padre que la época de los estudios y de los colegios es la única en que uno es feliz!.. Será uno feliz... pero sin saberlo.

NÚLEMA.

CRÓNICA



OMO nube tempestuosa desvanecida al soplo de leve viento, así ha desaparecido de la escena el ejército de Arabi-Bajá, en menos tiempo del que se necesita para consumir las municiones que los soldados tenían en sus cartucheras.

¿A qué ha sido debido este sorprendente resultado? Los periódicos militares de Alemania dicen que este hecho sólo tiene una explicación posible, y esta explicación no es otra que el haber vendido la causa del pueblo egipcio por un plato de lentejas uno de los generales que estaban encargados de dirigir la defensa del ala derecha de Tel-el-kebir.

Gracias á esto, fué posible á los ingleses envolver las posiciones de los egipcios, y éstos, sorprendidos por la traición, hubieron de abandonarlas, y de pronunciarse primeramente en retirada, y luego en completa fuga.

Arabi-Bajá fué al Cairo, sin duda ninguna, con la idea de rehacerse al calor del entusiasmo popular, y se equivocó lastimosamente. Aquel pueblo no es el que peleaba en España contra Napoleón, y vencedor ó vencido, jamás se desalentaba: las victorias, como las derrotas, servían sólo para despertar en él nuevos bríos.

En el Cairo, el hombre que había escrito en su bandera su deseo de lograr la independencia patria, fué desconocido de sus amigos, detenido y aprehendido por los agentes de Inglaterra, y quizás sea fusilado para impedir así que Europa se entere de lo que ha ocurrido en las orillas del Nilo.

Hasta ahora no se sabe qué hará Inglaterra en Egipto. Para nosotros no es dudoso, teniendo presente lo que ha hecho Francia en Túnez. Se establecerá en aquel antiquísimo reino; dirá un día y otro día que no trata de anexionárselo, y acabará por convertirlo en una provincia de su imperio.

En estos tiempos todas las anexionaciones empiezan por una ocupación: buena prueba de ello es, no ya sólo lo que ha pasado y está pasando en Túnez, sino también lo que ha pasado y está pasando en Bosnia y en Herzegovina.

El derecho de la fuerza es hoy más hipócrita que fué en ningún tiempo, ni aun en los más turbados y revueltos del paganismo.

**

Las naciones europeas se ocupan poco en lo que sucede en las orillas del Nilo, lo cual se comprende viendo como solicitan gravemente su atención asuntos del orden interior, de gravísimo interés y de suma importancia.

En Francia los desmanes de los comunistas que han imitado á los de Montceau-les-Mines, han asustado á las clases conservadoras. En todas partes se denuestra en solemnes manifestaciones el disgusto de los comerciantes, industriales y banqueros. El espectro de la *Commune* se presenta á la vista de los que tienen algo que perder, obligándoles á discurrir los medios de salvarlo.

En Alemania la proximidad de las elecciones generales ha producido una vivísima agitación, á cuyo calor han tomado nueva vida las fuerzas radicales y revolucionarias. Sea cual fuere la conducta que siga el Gobierno, puede desde luego asegurarse que de los comicios saldrán considerablemente acumuladas las fuerzas que los progresistas tenían en el *Landtag* prusiano.

Más grave es, sin embargo, la situación de Italia; gracias á la nueva ley electoral, los partidos avanzados pueden presentar en los comicios una fuerza superior en número á la de los partidos monárquicos revolucionarios. El temor de una derrota ha hecho que los revolucionarios monárquicos se unan, siendo su divisa la conservación del trono de Humberto I de Saboya.

Lo que sucede en Rusia no tiene precedente alguno en la historia de los pueblos modernos. El Czar ha encontrado en su cámara y la Emperatriz en su gabinete una multitud de ejemplares del siguiente pasquín que el miércoles de la semana pasada apareció pegado en todas las esquinas de las calles de Moscú: «Queridos compatriotas: Hubiéramos querido hacer coincidir la muerte del tirano con su coronación. Pero este tirano es demasiado cobarde para atreverse á afrontar la cólera de su pueblo. Con numerosos pretextos aplaza indefinidamente la época de esta ceremonia y retarda así la hora de la expiación. Es necesario obrar sin más tardanza y herir sin piedad al que nos oprime.»

**

Esta última semana ha sido de incesante trabajo para los buenos hijos de la Iglesia, que en todas las naciones de Europa luchan contra los errores moder-

nos, y singularmente contra el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

Los católicos de Alemania se han reunido en asamblea general en Francfort. En esta asamblea han tratado principalmente de resolver las gravísimas cuestiones sociales que están sobre el tapete en aquel imperio. Por unanimidad se ha aprobado una proposición invitando al pueblo católico á hacer los mayores sacrificios para el sostenimiento de la prensa católica.

En Ancona de las Marcas se ha reunido un Congreso destinado á activar la organización de las fuerzas católicas de aquella región. El principal objeto de esta Asamblea ha sido, después del indicado, tratar de los medios de promover la fundación de escuelas cristianas de primera y de segunda enseñanza.

Se ha reunido en Aviñón un Congreso para el fomento de las obras eucarísticas de Francia.

También nuestros hermanos de Holanda se han reunido en Bois-le-Duc para organizar la lucha en la próxima contienda electoral. El partido católico luchará unido contra los liberales y radicales, y es probable que aumente el número de sus representantes en el Parlamento.

Estas reuniones producen grandes bienes en los estados en que tienen lugar, como reconocen en cuantas ocasiones se presenta el Papa y el Episcopado.

Existente un estado en Europa en que se conserva puro todavía el sentimiento monárquico en el pueblo. Este Estado es el imperio austriaco.

En el viaje que el Emperador Francisco José hizo el año pasado á Gallitzia y á Bohemia, se puso de manifiesto este sentimiento en actos de una elocuencia singular. Los pueblos recibieron en todas partes á sus soberanos como los hijos recibían á sus padres tras larga ausencia.

Actualmente sucede lo mismo en las provincias del Sur del imperio que en vano han pretendido agitar los revolucionarios italianos.

Desde que el Emperador penetró en el Tirol hasta su llegada á Trieste, su viaje ha sido un continuo triunfo, que recuerda más felices tiempos.

Trieste, que es el cuartel general de los irredentistas italianos, ha recibido á su soberano con grande y general alegría. Las calles por que éste ha pasado se hallaban vistosamente adornadas, y el pueblo acudía presuroso á victorearle.

Los mismos diarios revolucionarios de Italia se ven obligados á reconocer que no es fácil encontrar en la historia moderna ejemplos de recibimiento como el que los triestinos han dispensado al Emperador Francisco.

Y eso que este augusto soberano es de los que reinan y gobiernan; y de ningún modo de los que sólo reinan y no gobiernan.

Es buen padre del pueblo, y éste le paga lo que por él hace.

No olvidemos que hace poco más de un mes el rey de Portugal quiso visitar algunas de las provincias de su reino, y fué recibido en todas partes con marcadas muestras de frialdad.

El rey de Portugal es de los que sólo reinan.

Una carta del Indostán, que tenemos á la vista, habla del particular esplendor con que se celebró este año en Mangalore la fiesta del glorioso patriarca San José.

En dicho día los Carmelitas franceses, establecidos en la ciudad desde hace doce años, tomaron solemne posesión de un nuevo convento que para ellos había hecho construir el Sr. Nedorchel.

Desde la mañana, una muchedumbre de católicos esperaba en las inmediaciones del convento la hora de la ceremonia. No les conducía allí sólo la curiosidad, sino también el deseo de dar con su presencia y su piedad un testimonio público de su simpatía y de su admiración á tan beneméritos religiosos.

Fuertes grupos de paganos asistieron con asombro á un espectáculo que era tan fuerte para ellos.

A las siete de la mañana principió la función, en la que se cantó la hermosa Misa de Mercadante.

Cuando terminó la función religiosa, los religiosos obsequiaron á todos los asistentes con un delicado almuerzo, al que asistieron también las autoridades.

La iglesia del nuevo convento, sin igualar las hermosas iglesias góticas de los Carmelitas de Francia, no deja de ser sin embargo muy elegante. Cuando esté adornada de los altares y de las imágenes será una de las glorias del Indostán. Su posición es soberbia: de todos los lados el más hermoso panorama se ofrece á las miradas de todos.

Las Carmelitas tienen tres casas en el Indostán: la de Mangalore, la de Cannanore y la de Calicut.

Todas las religiosas Terciarias son indígenas,

excepción hecha de la Superiora general que es francesa.

Se dedican á la enseñanza, y unas quince de ellas han sufrido con éxito los exámenes públicos, bien que no sean necesarios los grados académicos para enseñar.

Los periódicos católicos de Francia dan extensos pormenores de las grandes peregrinaciones que actualmente tienen lugar al santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

Estas peregrinaciones son asombrosas por la piedad y fe que revelan en los que en ellas toman parte. Pero más asombrosas son todavía las curaciones que se realizan todos los días y á todas horas.

Nuestra Señora de Lourdes es para los franceses una prueba constante de la existencia del orden sobrenatural.

¡Bendito sea el que tales pruebas presenta á la vista del mundo moderno, ciego por el fanatismo de los errores que se han enseñoreado de los entendimientos!

Dios quiere salvar el mundo por la intercesión de la Virgen.

¡Misterios del amor de Dios!

DAMIÁN ISERN.

SAN MIGUEL DE ESCALADA.



QUILLAS del Esla, sobre un recuesto, á cinco leguas Sudeste de León, álzase enhiesta la pequeña iglesia del antiguo priorato de San Miguel de Escalada. El viajero que sin tener noticia de este bellissimo monumento acertase á pasar por este sitio, no podría menos de sentirse agradablemente sorprendido al columbrar tan cerca de la antigua capital del primitivo reino hispano-cristiano un edificio que por su estilo parece pertenecer de pleno derecho al culto y fastuoso Califato. Con efecto, ¿quién no extrañará ver en un país en que el árabe apenas posó su planta un monumento que ostenta en todas sus líneas y en todos sus miembros arquitectónicos las señales de la refinada cultura de aquel pueblo muelle y voluptuoso? Pero estudiando la historia de este exótico edificio, la admiración cesa, hablando su existencia una explicación satisfactoria. Unos monjes cordobeses, obligados á huir de su patria, ora por las guerras, ora por el hambre y la peste, que en tiempo del intrépido Abdallah asolaban el imperio musulmánico en España, ó por todas estas causas á la vez, acogieron al amparo del rey de Asturias Alfonso III, y resueltos á continuar su vida cenobítica hubieron de fijar sus miradas en este sitio, célebre ya por una iglesia dedicada al Arcángel San Miguel, que erigida en tiempo inmemorial había venido á estado de completa ruina. La elección no podía ser más acertada. Una meseta á la mitad de un ribazo, cuya base lame el caudaloso Esla, que tal era el paraje en que yacían las antiguas ruinas, presentaba los más poderosos atractivos á la vida contemplativa. Posesionados de este sitio, fué su primer cuidado levantar una pequeña iglesia desde donde pudiesen dirigir á Dios sus plegarias. Pronto echaron de ver que sus dimensiones eran harto exiguas para el creciente aumento que de día en día iba teniendo la Comunidad. Dotados los monjes y su abad Alfonso de esa fe que arrolla todos los obstáculos, emprendieron con resolución la fábrica de un nuevo, más suntuoso y más holgado templo; y tal fué el celo que desplegaron, que en el corto espacio de doce meses pusieron feliz término á la obra, lo cual tuvo lugar el año 913; en tiempo de García, primer rey de León. Todo esto se refiere muy pormenor en una inscripción lapidaria que estaba sobre una puerta fuera de la iglesia, cuyo paradero se ignora, la cual dice ó más bien decía así:

HIC LOCUS ANTIQVITVS MICHAELIS
ARCHANGELI HONORE DICATVS
BREVI OPERE INSTRVCTVS POST RV-
NIS ABOLITVS DIV MANSIT DIRVTVS
DONEC ADEFONSVS ABBA CVM SOCIIS
ADVENIENS A CORDVBENSI PATRIA
EDIS RVINAM EREXIT SVB VALENTE
SERENO ADEFONSO PRINCIPE
MONACHORVM NVMERO CRESCENTE
DEMVM HOC TEMPLVM DECORVM
MIRO OPERE A FVNDAMINE EXVNDI-
QVE AMPLIFICATVM ERIGITVR
NON IVSSV IMPERIALI VEL OPPRESSIONI
VVLGI SED ABBATIS ADEFONSI ET
FRATRVN INSTANTE VIGILANTIA DVO-
DENIS MENSIBVS PERACTA SVNT
HEC OPERA GARSEA SCEPTA REGIN
PERAGENS MUMADOMNA CVM REGINA
ERA DCCCCLI
SAGRATVMQVE TEMPLVVM AB EPISCOPVM
JENNA DIVM XII KAL DECEMBRIVM

Hé aquí explicado ahora el misterio del gusto arquitectónico á que obedece el edificio. Arquitectos y escultores los mismos monjes, educados en la brillante escuela cordobesa, no pudieron menos de imprimir al nuevo templo el sello de las construcciones árabes, bien que modificándolo con las indispensables variaciones que imponía la severidad del culto cristiano. Esta extraña combinación creó un estilo singular, propio exclusivamente de España, á que se ha dado el nombre de *mudéjar* ó *musárabe*, y tal es el estilo á que pertenece San Miguel de Escalada. Entiéndase esto del templo con su pórtico, no de la torre, ni del panteón, que construídos posteriormente en 1050, reinando en León y Castilla Fernando I y Sancha, son en todas sus partes de gusto románico. El techo de la iglesia, formado por un hermoso artesonado, debió ser renovado, ó al menos pintadas sus maderas en época menos remota, pues campean entre sus adornos las armas de León y de Castilla. A esta nueva construcción se refiere sin duda otra inscripción lapidaria que está en la iglesia sobre la puerta de ingreso, cuyo texto es el siguiente:

IN HONOREM SANCTI MICHAELIS ARCHANGELI
ERA LXXXVIII SVPER MILLESIMA
REGNANTE PRINCIPE SERENISSIMO DOMINO
NOSTRO FERDINANDO REX ET
SANCIA REGINA SVB VIRTVS CHRISTI CY-
PRIANVS DEI GRATIA EPISCOPVS
IN SANCTA MARIA SVB MISERICORDIA ET
GRATIA DOMINI SABARICVS ABBA
CVM OMNIBVS FRATRIBVS ET SOCIIS SVIS
CUM TIMOREM DOMINI IN ECCLESIA
SECTANTES.

Conocido el origen, fases y gusto artístico del edificio principal y sus adyacentes, fuerza es hacer, siquiera á grandes rasgos, la descripción de él, para que pueda debidamente apreciarse su representación en la historia del arte. Doce arcos reentrantes ó de herradura, trazados por diestra mano, cuyas extremidades descansan sobre caprichosos capiteles y bruñidos fustes de vistosos mármoles, sin base visible, forman el vestíbulo ó pórtico, obligado accesorio de las iglesias de aquel tiempo. Hállanse en él, además de la inscripción referente á las obras practicadas en la segunda época que va inserta, muchas memorias sepulcrales que interesando á la historia de la Comunidad más que á la del edificio, no parece oportuno consignar.

Debe hacerse, sin embargo, una excepción honrosa en favor de una de ellas por el interés literario que le da su forma rítmica. Está escrita en bellissimo caracteres de relieve, y dice así:

AGNOSCAT CLERVS FRATER FUIT
ISTE SERVVS: VITA FVIT CVIVS
CVNCTO TEMPERATVS TEMPORIS
: HVIVS : HIC IDVS
OCTOBRIS VIII SERVVS OBIVIT :
SANCTE
TVI ROGITO RVPHE CVI ME
MOR ESTO : ERA · M · CC V

Una pequeña puerta circunscripta por un arco de herradura, que mira al Sur, da entrada al templo que está perfectamente orientado y es de tres naves con sus respectivos ábsides. Consta cada una de cinco arcos reentrantes, los cuales, no menos que otros tres que forman el ingreso de los ábsides, se apoyan sobre capiteles y fustes de la misma materia y riqueza de labor que los del pórtico. Iguales en todo son los tres arcos que componen el llamado de triunfo á la entrada del coro, y los dos que cortan en esta misma línea las naves laterales. Es notable la cornisa que ciñe el ábside mayor por las figuras de animales y plantas que la adornan. Cinco estrechas ventanas por cada lado, una en cada uno de los ábsides, y dos con rejas de piedra calada, abiertas respectivamente en el testero y su lado opuesto, dan la suficiente luz á esta pequeña pero bien proporcionada iglesia. Está cubierta por un techo de madera, como queda dicho, á excepción de los ábsides que lo están por bóvedas esféricas. Las aras, separadas hoy de su natural asiento, llevan escritos en hermosos caracteres los nombres de los santos cuyas reliquias encierran, añadiendo la mayor en el grueso de la piedra el nombre del obispo de León, Pedro, que hizo la dedicación de los altares el jueves 15 de Junio de 1088, reinando en Castilla y León Alfonso VI y siendo abad del Monasterio Suero Alvarie, en esta forma:

† SVB CRHISTI
NOMINE PETRVS ET EPISCOPVS DE
SANCTE MARIE FECI
RESTAVRATIONE IN SANCTI MIKAE-
LI DIE V FERIA XVII KALENDAS
IVLI ERA MLA CXXVI REX
ADEFONSO SVERO ALVARIE ABAS

Restituir las aras á su antiguo lugar, colocándolas sobre un sencillo pié de mármol, sería una obra tan grata á los amantes de las antigüedades eclesiásticas como poco costosa, que haría honor al que la lleva á cabo.

Ocupa el fondo del ábside mayor una pintura mural, de gusto bizantino, digna de fijar la atención del arqueólogo. Representa el triunfo de San Miguel, patrono de la iglesia, sobre Lucifer, y un monje en actitud de dirigir su plegaria al capitán de la milicia celeste. San Miguel, que ocupa la derecha del espectador, tiene mayores dimensiones que las que permite la altura del cuadro, razón por la que no deja ver su cabeza. La figura de Lucifer sirve maravillosamente para el conocimiento de la iconología antigua, como la de San Miguel, y más aún la del monje, para el de la indumentaria. Al pié del cuadro hay una inscripción que no puede leerse por hallarse maltratada por la humedad. La primitiva sacristía tiene su entrada por el extremo izquierdo de la nave meridional, y nada ofrece de notable. Es digna de llamar la atención por la sencillez y buen gusto que revela la pila del agua bendita, formada por dos capiteles del género de los que sostienen el edificio, unidos por sus bases menores. La torre, contigua al pórtico por su lado Este, y algo saliente, se halla en estado ruinoso; hácenla pesada los muros contrafuertes que apoyan su fábrica, contrastando notablemente con la esbeltez del templo. No es menester ser artista para comprender que no es esta la primitiva, de la cual tal vez no se conserva más que un ajimez arábigo que se percibe entre las ventanas de la actual. Del panteón, al que se entra por el pórtico, del cual viene á ser una prolongación por el mismo lado Este, y cuya puerta no carece de interés por la multitud de labores de gusto mudéjar que la adornan, sólo se conservan los muros. Los canchillos y cornisa ajedrezada que los circuyen por el exterior, acreditan la razón con que ha sido adjudicada esta dependencia al género románico. En el interior de esta fúnebre estancia hay varios sepulcros, uno de ellos con estatua yacente, que datan casi en totalidad de la época en que fué San Miguel casa regular. Uno hay más moderno en que yacen los restos del prior secular D. Antonio de Guevara, capellán que fué de Felipe II y escritor de crítica y exégesis bíblica no despreciable. El material de construcción empleado en la iglesia, fuera de los arcos, es tierra, mampostería y ladrillo, lo cual hace su fábrica muy endeble: los arcos, tanto interiores como exteriores, la torre y el panteón son de sillaría. Los mármoles de los capiteles y fustes deben proceder de las ruinas de Lancia; así al menos lo hacen presumir los trozos de mármoles análogos que se encuentran en aquellas ruinas (uno de ellos no tardará en figurar en el Museo Arqueológico provincial), la desproporción en el diámetro de algunos fustes con sus capiteles, indicio seguro de que aquellos pertenecieron á edificios anteriores, y más que todo una inscripción sepulcral, de época romana, que se lee en uno de estos, consagrada á la memoria de la esposa de un individuo de la familia Montano, que tan importante papel hace en la epigrafía romano-leonesa. A los lados de la puerta del templo, y formando las mesas de los altares colaterales, consérvanse algunos sillares con delicadas esculturas mudéjares que debieron hacer parte del derruido antepecho del presbiterio. No es posible concluir estas mal trazadas líneas sin llamar la atención de los amantes de las artes, á fin de que procuren evitar por cuantos medios les sugiera su celo la total ruina de un monumento que revelará á las generaciones venideras, como revela á la actual, la cultura de nuestros mayores en una edad que ha sido generalmente, bien que con marcada ligereza, calificada de bárbara.

JUAN L. CASTRILLÓN.

LA CADENA HUMANA

I

SALÍA de la Iglesia una oleada de multitud, que, tras pasado el cancel, se ensanchaba como el agua vertida por un canalón. La gente se esparcía por la plaza deteniéndose en grupos á la sombra de los almeces seculares.

Los rostros atezados por el sol brillaban con la alegría del trabajador del campo, que después de pasar una semana encorbado, al día sétimo se endereza, tiende la mirada y se ve entre todos sus amigos y parientes. Los saludos parecían escenas de regreso. Todos hablaban á la vez, desborde de las palabras contenidas durante una semana, de los sentimientos seis días aprisionados. Unos hablaban de la oliva y la naranja, otros de sus nietos, otros

de bodas; los carboneros contaban cómo la más corpulenta encina, al último golpe del hacha había rodado por el despeñadero con ruido temeroso. Muchos se detenían delante de los puestos de venta, para hacer la provisión extraordinaria del domingo, y presidía desde la fachada del templo un Santiago de piedra con la espada levantada y un moro á los piés del caballo.

Entre tanta gente discurría solo, con seriedad de años mayores anticipada, un joven que en ninguna parte se detenía. Muchos al paso le dijeron:—Adiós,—y él siempre contestaba:—Adiós,—pero seguía su marcha lenta é indeterminada. Un forastero preguntó quién era, y le contestaron que un huérfano sin ningún pariente en el mundo.

La soledad en una población oprime más el alma que la del desierto, porque en ésta sólo hay que luchar con las distancias, con las espigas y con las arenas; pero la soledad entre la muchedumbre es el vacío del corazón, es la sed del amor, y tenerlo hasta los labios sin que llegue á las fauces secas.

El huérfano pasaba junto á un grupo de hijas y madre, y sentía el calor desprendido; pasaba cerca de dos amantes y percibía el aroma exhalado. Pudiera haberse detenido en cualquier grupo, pero la amistad no es más que un átomo de amor, que sirve para acrecentar el afán y la escasez, como algunas gotas desprendidas de las nubes hacen más ansiada la lluvia fecundizante y más cruel la sequía; la amistad es una pequeña provisión que no basta para un viaje largo. Así como la materia necesita alimento varias veces al día, el alma necesita constante alimento de amor; por eso creó Dios para fuera de casa el amor amistad, socorro de entre día, pero que no basta para sostén del corazón; y el que no encuentra cariño que respirar, tan necesario para la vida como el aire, no muere como el que no tiene aire; vive con las ansias de la respiración en el vacío.

Manuel cruzaba lentamente por entre la multitud, porque nada tan fatigoso como abrirse paso por la muchedumbre: aquel separar codos y hombres inmóviles, y conmovier masas humanas adheridas al suelo por la ley de la gravedad; aquel roce con pechos que ni se acercan ni se apartan; aquel tropezar con rodillas inflexibles; aquel luchar con la ropa, prendida en el engranaje humano, agotaría las fuerzas de un gigante.

Cuando Manuel llegó á la orilla de la plaza, fijó la vista en un montón de frutas, que, sin saber la causa, atrajo la atención del joven; quizá porque todo fruto sea una semilla de amor, hija de flores y rocíos, un pomo de savias fecundas y creadoras, una caja preciosa, que no es de madera, de metal, ni de nada que pueda ser cincelado, y que encierra siempre un corazón aromático y húmedo. Toda fruta es germen y fruto, pasado, presente y porvenir. Eslabón de una cadena de vida y de generaciones, conserva como recuerdo el perfume de la flor, como presente el balsámico jugo, como esperanza los colores risueños, que sin línea divisoria se confunden difundidos en suave gradación.

Toda fruta es un maravilloso misterio de unión entre materias tan diferentes como aquella carne sin fibras, aquel hueso, una de otro ser; aquel licor, que exprimido mana á gotas parecidas á lágrimas de ternura, que rebosan sin sollozos. Manuel contemplaba la fruta con un sentimiento incomprensible, vago, profundo, pero suave y tierno; era uno de los destellos del amor infinito y multiforme, que absorbe la belleza en donde brilla, que acude á toda claridad, que en todo espacio se remonta, que ve chispas en toda oscuridad, y que en donde no hay nada que amar, á imagen y semejanza del Divino Amor, crea, para amarlos, montes, valles y llanuras, arbustos que brotan, capullos que se abren, ojos dulces que miran, labios que sonríen, corazones que laten, risueñas figuras sin ingratitude, frialdad, ni tibieza, que refrescan la vigilia, y vienen en el sueño á aumentar el descanso del dormir.

Manuel siguió su marcha sin objeto, y desde el extremo de una calle divisó en áspera ladera un pinar. El espíritu del huérfano voló á las copas, sostén de tantos nidos, y, atravesando la ondulante superficie verde, iluminada por el sol, introdujo la vista en la sombra de la espesura, presintiendo misterios de amor velados á toda mirada. Le pareció ver allí seres que en dulce compañía respiraban la fresca y la calma al amor de la sombra; le parecía ver las cabecitas de perdices jóvenes entre las alas de la madre esponjada; dos pequeñas liebres que, á un ruido, corrían á ocultarse en el regazo de su madre; y en la copa más elevada un torcaz, centinela de su nido.

La mirada y el espíritu del huérfano se elevaron á la cima desnuda, que domina la extensión, en donde el buitre acosado por el hambre se posa para tender la vista sobre las cumbres y al fondo de los valles.

Desde allí se descubren entre collados, en las hondonadas y en la llanura blancas habitaciones, casas del color de la piedra oscurecida por los años, chimeneas que exhalan humo de una lumbre que hace hervir el alimento á cuyo alrededor se sienta una familia.

¡Qué triste es para un alma solitaria el domingo en un pueblo! Día de roce, de unión, de bullicio, de hormigueo de gente, que parece multiplicarse; la gente llena la iglesia, la plaza, los portales, las ventanas, como si saliese de debajo de las piedras: chicos, ancianos, hombres, mujeres; hasta los perros de los guarda-bosques acuden, y encuentran á los hijos de sus amos y los acarician.

Manuel se retiró á su casa creyendo que era tarde, y, después de sus esfuerzos para acortar la mañana, vió que el reloj de pared señalaba las diez.

Entre todos los seres que tienen vida, y entre todos los que la aparentan, ninguno tan pérfido como el reloj: no hay bestia que no duerma; pero el reloj no duerme: Regulador de la marcha de la vida, no se ajusta al paso de nadie: anda más de prisa que los que desean andar despacio, y más despacio que los que van de prisa; ni siquiera tiene la prudencia del silencio, y, para mayor burla, siempre imita al canto del cuclillo.

Manuel apartó algunos libros para apoyar los codos en la mesa, y dejó caer la frente entre las manos. Empezó á esprimir la memoria para evocar los más lejanos recuerdos, los recuerdos de más atrás de la niñez; pero todo era oscuridad; le parecía que no había tenido principio: el aire se llevó las canciones que hacen dormir en la cuna, y no recordaba aquellos ojos como estrellas, que, suspendidos encima de los suyos, encuentran siempre los niños al despertarse.

Procurando recordar á sus padres, á quienes no había conocido, detrás de opaca niebla veía dos figuras, bultos casi informes, parecidos á sombras, porque no tenían fisonomía, espectros sin facciones ni mirada, que no inspiraban amor, que casi producían miedo, como las apariciones, como los enmascarados; Manuel abrió los ojos para perder de vista aquellos fantasmas que habían brotado de la impotencia de la memoria. El desaliento cubría con una capa de hielo empedernido el semblante del joven, que se levantó y salió á la calle con la presteza de quien presiente el hundimiento del piso. Cuando estuvo en medio de la vía pública, exclamó:

—¡Soy un eslabón desprendido de la cadena humana!

II

Después de vacilar un momento, abrió con temor la puerta de la casa vecina, y desde el interior una voz semejante al rechinar de los goznes, dijo:

—Ya voy.

El huérfano penetró en la casa. Apoyada en una caña por bastón, salió á recibirle una viejecilla seca, de color de aceituna, con la cara tan rugosa como un pergamino quemado, con unos ojillos que lanzaron una chispa de enojo al reconocer á su vecino.

—Bien podía V. haber dicho: soy yo, y me hubiera evitado salir.

—No te enfades, he venido porque estaba solo.

—Yo también lo estoy, y nunca tengo miedo de día ni de noche. No hay cuidado que vengan brujas á visitarme, porque estoy reñida con todas mis sobrinias; ni ladrones, ni amantes, á no ser V., que con tanto venir á verme me hace sospechar que quiere conquistarme.

La vieja prorrumpió en una carcajada semejante al cacareo de una gallina.

Manuel, acostumbrado, sin duda, al humor de su vecina, tomó asiento junto á ella, y continuó sin alterarse:

—Somos vecinos, y es muy regular que nos tratemos; además, tú eras muy amiga de mis padres, y basta para que te respete.

—Otra vez viene V. con la manía de hablar de sus padres; todo el mundo sabe que los padres se mueren antes que los hijos, y cuando sucede así no hay motivo de queja; pero que se mueran los hijos antes que la madre me vuelve loca, porque es al revés. No, no plantaré en mi noval un árbol, ni una cepa; sólo sembraré lo que pueda segar cada año, porque ha de ir al fin á parar al demonio, mi único heredero.

—No digas eso, Golondrina.

—Mire V., lo mismo da: una finca como la tela de un jergón, que se dividirá entre ocho hijos de cuatro primos segundos, angelitos que cada vez que me ven me miran con los ojos saltones para calcular cuando me moriré. Sólo siento que en vez de ocho no sean ochenta y ocho para que mi herencia se hiciese polvo como yo. Cuando yo me muera nadie volverá á acordarse de la Golondrina; pero no haré testamento; conmigo acaba todo.

—Es verdad, yo no tengo recuerdos, y tú no tienes esperanzas: en nosotros se ha roto la cadena humana; en mí por arriba, en tí por abajo: estamos iguales.

—No señor, no estamos iguales; V. había de ver la muerte de sus padres, y no hay más sino que la ha visto demasiado pronto.

—No la he visto, Golondrina.

—Mejor para V.; pero yo he visto la de mis hijos, que no debía ver; la de cuatro hijos; y todos murieron grandes.

—Así puedes recordar sus fisonomías.

—Eso es mi tormento.

—No lo creas.

—Le digo á V. que eso es lo que me atormenta, porque de noche, así que me duermo, se me aparecen los cuatro, y los veo tan bien como á V. ahora.

—¡Feliz tú!

—¡Me llama feliz porque veo á mis cuatro hijos á los piés de mi cama, y quiero tenderles los brazos y no puedo levantarlos, como si pesasen veinte arrobas; y quiero decirles ¡hijos míos!, y no puedo despegar los labios!

—Con eso me contentaría.

—Es que, aunque los veo en pié y mirándome, no pestañean, porque están muertos, muertos y apoyados en la pared para sostenerse.

—Es horrible; pero aun así me contentaría.

—Pues no sabe V. lo que desea; es V. un bárbaro que quiere atormentarse, y que viene á hablarme de mis hijos para hacerme daño.

—Yo no he suscitado la conversación, Golondrina.

—Sí, señor, sí, señor. Todos me hablan de mis hijos, y luego me dicen que no son ellos los que han empezado; por eso no quiero ver á nadie. Váyase V.

—Bueno, yo habré sido; pero tú que eras tan buena conmigo, cuando pequeño, me perdonarás.

—Yo era buena con V. porque su santa madre que esté en la gloria, me socorría en todas mis necesidades.

—¡Tan buena era!

—No necesita V. saberlo.

—¿Pero por qué no has de decirme cómo eran mis padres, cómo tenían los ojos, la boca, de modo que pueda creer que los he conocido?

—Porque no quiero que los vea V., como yo á mis hijos.

—Si es mi deseo.

—No se canse V.; por mí no sabrá nada de sus padres; se lo he dicho á V. mil veces.

—Te daría todo el dinero que me pidieses.

La Golondrina se rió con una carcajada parecida al hipo.

—¡Dinero! ¿De qué le sirve el dinero á quien tiene pan para todo el año y se le han muerto sus hijos? Si viviesen, tomaría el dinero. El que deja hijos no se muere nunca del todo, porque los hijos son pedazos de los padres; pero yo me moriré hasta el tuétano, muerta como una piedra de yeso, que nunca cría yerba. Si pudiese tener más hijos aun tomaría el dinero; pero soy un tronco de encina arrancado hace treinta años.

La anciana continuó con siniestra fruición:

—Lo mismo vale para mí una pieza de oro que una de cobre, un vestido de damasco que uno de jerga.

—Puesto que no te seduce el oro, si me complacieses, te mantendría toda la vida.

—No tengo muelas ni dientes para comer golosinas, y me sobra trigo para sopas. No quiero economizar nada, porque no podría llevármelo al otro mundo.

—Pues hazlo por los beneficios que debes á mis padres.

—No quiero hacer daño al hijo por agradecimiento á la madre.

—Me darías un gran consuelo.

—¡Qué pesadez! A mí nadie me consuela; estoy sola en el mundo.

Los dos quedaron en silencio; la anciana, sombría; el joven, meditabundo. Aquella abultaba en su imaginación la soledad; éste retorcia el entendimiento buscando con qué sobornar á aquella viejecilla incorruptible al oro. Manuel, con expresión y ademán de súplica entrañable, exclamó:

—Golondrina, hazlo por el cariño que me tienes.

—¿Y quién le ha dicho á V. que yo le tengo cariño?

—Cuando era pequeño, me dabas de merendar y me acariciabas.

—Entonces, es verdad, yo le quería á V. mucho; pero desde... desde... No digo que no le quiera á V., porque, al fin, es el hijo de mi bienhechora.

—¿Desde cuando ha disminuido tu cariño?

—Yo le quería á V. mucho cuando era pequeño, y más después de la pérdida de mis hijos; pero desde que se hizo V. grande y...

—¿Y qué?

—No quiero decirlo, no se figure V. que son vanidades.

—Habla Golondrina, y si puedo, recobraré todo tu cariño.

—Pues sepa V., que, sin querer, se ha enfriado un poco desde que no le trato á V. de tú.

—Tienes razón; nunca debí permitir que me hablases de usted, y no volveré á suceder.

—¿Lo dice V. de veras?

—Te lo aseguro por la memoria de mi madre.

—Delante de gente te hablaré de usted, porque no es vanidad; pero cuando estemos solos...

—Siempre, siempre.

La anciana se levantó con los ojos arrasados y las manos temblorosas, extendió los brazos, y, oprimiendo el cuello del joven, le dió un beso en la frente; las lágrimas de Manuel rebosaron, y estrechó á la anciana contra su seno. Los dos se oprimían con la fuerza sobrehumana que dan á los músculos los arrebatos de ternura, de ira y de epilepsia. Explosión de mil abrazos comprimidos, aquel abrazo era el delirio del amor, una convulsión del alma comunicada á los nervios, que se contraían como la ostra cuando cierra sus valvas para asegurar la presa. Después de algunos instantes se desprendieron, se miraron, y en el semblante de los dos se extendió la amargura.

La Golondrina, con un acento que empezó como un grito y concluyó como un ¡ay! lastimero, dijo:

—¡Hijo mío, tú no eres hijo mío!

—¡Ni tú mi madre!

—Pero me quieres, conozco que me quieres un poco, y mereces que te hable de tu madre; sí, te contaré cuanto desees; creo que tienes razón, que es un consuelo.

Manuel tendió las manos abriendo sus cinco sentidos. En su ademán había la avidez y la gratitud mezcladas en una expresión infinita. La viejecilla rugosa, atezada, irguió cuanto pudo el cuerpo encorvado, abrió la boca hundida, y dijo:

—Tu madre se parecía tanto á mí que muchos nos creyeron hermanas, y gemelas.

Manuel sintió un frío como si se le hubiesen helado todas las venas y el cerebro y el corazón; la palidez mortal invadió su semblante y apartó la vista de la anciana. La condensación de Manuel en piedra fué tan marcada que la Golondrina la notó y la entendió, y, frunciendo el ceño y con voz iracunda y la caña levantada, dijo:

—Salga V. de mi casa; no quiero tratarle á V. de tú; no quiero á nadie; conmigo acaba todo.

—Yo no te he ofendido, Golondrina.

—Sí, señor, Golondrina me llamaron por esbelta y porque cuando pasaba por una calle apenas tocaba el suelo.

—¿Has sido hermosa?

—Y mi marido también; por eso mis hijos fueron los zagales más hermosos del mundo. Tú no eres tan guapo como tus padres ni te pareces á ellos en nada: eres un orgulloso que viene á ofrecerme dinero, y no por limosna; un hipócrita que dice que me quiere, y se espanta de verme fea. Alégrate, alégrate de que se muriesen tus padres, porque si viviesen, serían tan feos como la Golondrina, y te darían miedo.

—No, no me pareces fea, te lo aseguro.

La viejecilla apoyándose con las dos manos en la caña, al respirar movía todo el cuerpo á cada inspiración; Manuel la miraba como quien descifra un pergamino medio borrado. Las facciones del joven se reanimaron con el color, que volvía; después con una expresión de dulzura; luego con la luz de la mirada fija en la viuda sin marido, en la madre sin hijos.

Me falta una palabra que no hemos inventado, y que necesitaría para decir lo que era aquella anciana. Todas las lenguas, para designar al hijo que ha perdido á sus padres, tienen la palabra *huérfano*; ninguna lengua ha encontrado aún el nombre que dar al padre que ha perdido á sus hijos.

—Te aseguro, María, que me inspiras respeto y cariño; perdóname las ofensas que pueda haberte hecho.

—Mis hijos no se hubieran espantado de ver mi boca sin dientes y mi cara parecida á una manzana seca debajo del árbol. Déjeme V. en paz; no quiero á nadie más que á mí, porque no me queda nadie más en el mundo.

La anciana, sin detenerse al ademán de súplica de Manuel, entró en su cuarto, y cerró por dentro.

III

El cementerio de un pueblo es un jardín, el cementerio de una ciudad es un panteón; en aquél, el enterrar los muertos es un trabajo igual al de plantar la viña; en el otro es una obra de albañilería; en aquél el sepulturero es un labrador, en éste es un obrero. El uno es una pequeña heredad cercada; el

otro un barrio cerrado. En aquél, entre las flores, salen de la misma tierra multitud de cruces que parecen plantas con raíces, que han nacido solas y sin orden; en el otro, sobre monumentos de ladrillo, tierra esterilizada por el fuego, descuellan cruces que no aparentan haber nacido allí. En el uno respiro el aire de los campos; en el otro el aliento de las bóvedas. En éste hay negras y frías mansiones desalquiladas; en aquél una zanja que descubre semillas en germinación. En aquél siempre encontráis cadáveres insepultos; en éste casi nunca os sorprende un cortejo fúnebre. Al uno llegáis en hombros de amigos; al otro os transporta la enlutada carretela del escombros humano. A aquél os acompañan los deudos; al otro el auriga y los lacayos de la muerte, con la horrible caricatura de las libreas de deshecho. En el sendero de aquél os rodean lágrimas de dolor; en el camino de éste, ni siquiera una tristeza de alquiler.

El campo santo de una ciudad con sus pisos de nichos, con sus monumentos fúnebres, con sus calles alineadas, inspira el terror de la muerte, porque nada tan frío, tan terrible como la arquitectura de la muerte, como los palacios y los tugurios de la podredumbre, en la ciudad de la muerte. Allí percibimos las emanaciones del polvo que fué carne, y la imagen de las personas queridas se levanta ante nuestros ojos envuelta en la oscuridad de la última alcoba.

El camposanto de un pueblo, con sus tapias de huerta, sus amapolas, sus tapices de césped y de margaritas; con sus cruces de pino, con la paz de su melancólico silencio, nos hace percibir emanaciones del espíritu que fué vida y amor, nos hace recordar á nuestros padres sentados á la sombra de un olivo.

Bajo la influencia de las sensaciones que el sitio inspiraba, Manuel discurría por el cementerio con esa tristeza que es vacío de la ausencia, sin el horror de la muerte. Se sentó en el pedestal escalonado de una gran cruz gótica de piedra que se elevaba en el interior del camposanto, entre las dos puertas. Con la vista vaga, sin ver, remontó el espíritu á los tiempos pasados, rehaciendo en su imaginación las figuras risueñas de sus padres, y abstraído, sintió un roce que le hizo estremecerse, se volvió, y, al fijarse en la figura real que se le aparecía, y que creyó por un momento encarnación de sus visiones, se encontraron sus ojos con los ojos de la Golondrina, secos, ardorosos, fijos en él.

—Manuel, es inútil que esperes; yo los llamo todos los días por su nombre, y no acuden, no obedecen á su madre: la muerte rompe el hilo entre los vivos y los muertos.

—Tienes razón, María, siéntate y lloraremos juntos.

—Hace veinte años que no lloro; el tiempo seca las lágrimas.

La Golondrina se sentó en el escalón de la cruz, al lado de Manuel; los dos quedaron en silencio, con la vista en la tierra que guardaba los restos queridos.

El sol descendía rápidamente hacia el mar, y la sombra de la gran cruz crecía sobre la yerba, extendiéndose. La mirada de los afligidos seguía la sombra creciente, que, al llegar á la pared, se dobló para levantarse del suelo y seguir subiendo gigantesca por el muro.

—¡Qué cruz tan grande! exclamó la anciana.

—Es la sombra que pasa todos los días desde occidente á oriente por encima de esta tierra, como una bendición.

—Y sube, y va á salirse de la pared; mira, se ha hundido en el cielo.

—María, ¿quieres que recemos por los que no existen?

—Recemos.

—La Golondrina empezó el rosario; Manuel contestaba. Gradualmente levantaron la voz como si hubiesen querido que alcanzase á mayores distancias. Cuando concluyeron la primera decena, dijo la anciana con un gemido:

—Me parece que estoy hablando con ellos.

—No te detengas, María.

Siguieron rezando. A la segunda decena, dijo la anciana.

—Ahora hacemos por tus padres y por mis hijos una cosa que les aprovecha, ¿no es verdad?

—Es el mayor consuelo que ha inventado Dios.

Continuaron con más fervor. Se recogieron en sus asientos, se plegaron en una postura compuesta, como si los estuviesen mirando sus padres, sus hijos y Dios, y bajaron la voz. De sus labios se desprendía un murmullo que se acentuó gradualmente desde la entonación de plegaria hasta el entrañable lamento de *misericordia*.

De pronto la anciana rompió en llanto, como una fuente que después de larga sequía brota de nuevo impetuosa. Sin sollozos, corrieron por las mejillas de Manuel lágrimas silenciosas, que no enjugó. La Golondrina se contuvo, y con una ráfaga de momentánea alegría, que brilló en su rostro como un rayo de

sol en la llanura devastada por la inundación menguante, dijo con las manos juntas y la vista elevada:

—Aún queda un hilo que nos une con nuestros muertos.

—Ese hilo, María, es La Cadena Humana.

Al oscurecer se retiraban los dos hacia el pueblo, apoyada la anciana en el joven. Hablaban con efusión; hablaban de los ausentes, y no iban muy tristes.

ANTONIO FRATES Y SUREDA.

EL RASTRO



UESTROS antepasados anduvieron acertados al designar con el nombre que sirve de epígrafe á estas líneas los mercados de objetos de desecho. Con el mismo nombre eran conocidos los parajes destinados á la reventa de prendas procedentes de almonedas, en Valladolid, en Sevilla y en Madrid.

Un paseo por el Rastro préstase á multitud de reflexiones.

Un darwinista podría discurrir sobre la transformación de las especies, á vista de las que han sufrido la mayor parte de las mercaderías en venta.

Un demócrata pensaría en la soberanía popular y en la nivelación de las clases al ver la variedad y mezcla entre compradores, y lo revuelto y confuso de lo que se compra y vende.

Algun triste recordará las endechas de Jorge Manrique:

“Nuestra vida es el morir.”

Un disipado podría completar la estrofa repitiendo:

“Allá van los bienes míos
Dispuestos á se acabar é consumir.”

En cada puesto vese confirmado el adagio: «No hay bien ni mal (personal se entiende) que cien años dure.»

Allí el retrato de la que volvía locos á los contemporáneos de Godoy; allí ejecutorias en pergamino, orgullo de más de cuatro hidalgos; allí lámparas monumentales que ilu-



VISTA INTERIOR DE SAN MIGUEL DE ESCALADA.

minaron suntuosas reuniones; allí también, arrancados por la piqueta revolucionaria ó la ganzúa, ó vendidos por la penuria que la expoliación produjo, los cuadros y esculturas que se ostentaban en las pilstras de las iglesias, en los claustros conventuales, y acaso en los altares mismos; allí, y burlando asimismo, ¡doloroso es decirlo! las leyes que prohíben el comercio de las cosas santas hállanse vestiduras sacerdotales junto á las casacas de variados uniformes.

Tiendas en una y otra acera; doble fila de puestos á derecha é izquierda, dejando una calle central y dos laterales, y en confuso montón toda suerte de objetos, con más variedad si cabe en los compradores; tal es el espectáculo del Rastro en los días festivos.

Entre los visitantes hay tipos curiosos; en primer lugar está el ó la aristócrata, cuyos abuelos ó cuyos administradores se deshicieron á bajo precio de los antiguos muebles, ó que si no fueron vendidos, los destruyó el tiempo y la incuria. Este ó ésta compradora va á reponer su antiguo mobiliario, siguiendo los gustos de la moda de adornar á la antigua los salones. ¡Cuántas que hoy pasan por sillas señoriales, si lo fueron un día, no han pertenecido á las familias que las muestran con orgullo!

Al anticuario, que no perdona domingo, vésele enfrascado en la contemplación y desciframiento de monedas romanas ó góticas, acaso esparcidas en el suelo sobre un viejo tapete. Son asunto de la atención del comprador los planos, mapas, etc.

Contrasta con el sabio que acabamos de mencionar el mercader de antigüedades, tipo desconocido hace poco, en que no pasaba de la categoría de prendero en grande escala; éste no se fija en todo cuanto puede tener valor intrínseco, histórico ó arcaico; pero, á diferencia del anticuario de profesión, que necesita calarse las gafas y dar cien vueltas á los objetos, conociéndosele á la legua en el semblante el aprecio que de ellos hace, ofreciendo



VISTA EXTERIOR DE SAN MIGUEL DE ESCALADA.



ELCHE Y SUS PALMERAS.

timidamente, y pareciéndole que todo vale más de lo que ofrece, y acaso de lo que le piden, el mercader de antigüedades tiene buena vista, mira de alto á bajo la exposición, sonrío desdeñosamente ante los efectos, no descubre en su glacial indiferencia el juicio que formó; muéstrase como ignorante, incompetente y casi dispuesto á dejarse engañar; aparenta preferencia por lo que menos vale, simulando estimarlo en mucho, y no encubre hallarse dispuesto á dar por ello tanto como le piden, si en cambio le dejan que además añada algunas otras adquisiciones por poco precio.

Estos son los parroquianos lujosos del Rastro.

Quedan otros dos grupos.

El de los ganguistas, que se proponen comprar indiferentemente lo que más barato hallen, séales más ó menos necesario, ó de lujo, y el de los necesitados, que llevan fija su mente en lo que han de comprar, y acaso el dinero tasado.

Estos, no concurrentes de todos los domingos, sino de aquellos en que tienen ahorrado lo bastante para adquirir lo que han menester. Algunas veces ni aun sus cálculos salen; han errado en el precio, estimando los enseres que buscan en menos de lo que cuestan. Si la necesidad no es muy apremiante ó el dinero está muy medido, dejan para el domingo siguiente sus compras, y al cabo de dos ó tres esfuerzos de ahorro deciden y resuelven el problema.

Estos son los que en el Rastro compran ropas viejas y de moda y muebles usados, en los que la antigüedad no es mérito apreciable.

Para ellos las porcelanas, los bronceos, los cuadros y retablos están demás; lávanse y vístense *coram populo*, pruébanse diferentes trajes hasta que dan con el *suyo* á su medida, envuelven el viejo en un pañuelo ó se lo dejan debajo del nuevo si es factible, y vuelven alborozados á su casa, poco menos que como militar victorioso.

Además de los puestos fijos los hay ambulantes; pertenecen á esta categoría de vendedores todos cuantos por las calles céntricas y excéntricas pregonan mercancías desde una peseta á medio real «á elegir.» De estos los hay con mercancía constante, y otros que cada domingo ofrecen nueva especie de comercio, Proteos de la industria mercantil, que si hubieran de clasificarse rigurosamente serían el tormento de la administración económica.

Y para concluir, hemos de citar la última clase de parroquianos; son los militares que han perdido los efectos que les dió el regimiento, y acuden á proveerse de ellos mediante el dinero que una pronta carta á su familia les proporciona, ó una esperanza de *próxima rebaja* ó sustitución ha logrado del filantrópico bolsillo de dos ó tres cocineras, doncellas y niñeras.

No hablemos de los directores de colegios que adquieren en el Rastro útiles de física, química é historia natural para sus gabinetes; instrumentos y ejemplares pomposamente anunciados al comenzar el curso como traídos del extranjero *en el viaje reciente del señor director*, que no omite medio ni sacrificio alguno para tener la enseñanza en su establecimiento al nivel de los *mejores de Europa*, ni de los plateros y mueblistas que ejercen el lema de la Academia Española con sus compras en el Rastro, y las exhiben á las cuarenta y ocho horas tras los cristales de sus escaparates como última novedad.

En fin, el Rastro es la conclusión de todas las liquidaciones voluntarias ó forzosas.

EL MARQUÉS DE VALLE-AMENÓ.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

(Continuación.)

Lloró, y Vicente no sabía qué decir para consolar este dolor demasiado justo, para dar algún lenitivo á tan punzante melancolía. En las penas no conocía otro consuelo que la fe; la palabra de Santiago: *¡Si alguno de vosotros está triste, que ore!* era su máxima. Pero la fe es don admirable y gratuito de la bondad celestial, y el hombre no puede imponerle á otra criatura: lo más que puede es ayudarle en este trabajo divino.

En el alma de Carlota se encontraba ya una fe sencilla y pura sostenida con el gran ejemplo de Calixta de Offremont, tan feliz de morir por su Dios y probando hasta en brazos de la muerte la sublime verdad de la religión. Jamás había olvidado Carlota las escenas de la prisión ni las lecciones de su primera amiga; y cuando le dijo Vicente que la llevaría á la iglesia para que la instruyeran, que oíría la Misa y que ella misma, en algunos meses, se podría acercar á la Santa Mesa, fué grande su alegría, y el

domingo siguiente, antes que fuese de día, estaba lista para salir de casa.

París dormía todavía: no se encontraba por las calles más que carretas cargadas con las provisiones de la gran ciudad; patrullas que se restregaban los ojos al resplandor del sol que nacía, y de cuando en cuando algunas mujeres, niños y ancianos, deslizándose bajo la sombra de las casas y desapareciendo de pronto en el fondo de un callejón.

— Van donde vamos nosotros — dijo Vicente á Carlota. — Querida niña, ¿ves esa casa en el ángulo de la calle? es la de una pobre frutera; y bien: Nuestro Señor mora en ella, allá arriba, en lo más alto: allí se dice la Misa para los fieles del barrio.

— ¿Por qué no vamos nosotros á ella, mi buen amigo? ¡Está tan cerca! Veríamos á Dios más pronto.

— Porque no se puede predicar en ella ni enseñar; el local es demasiado pequeño. Vamos más lejos.

Se calló, pero cuando volvieron la calle, replicó:

— Tú has visto una casa santificada; pero ¡cuántas otras que eran antes casas de Dios, ahora sirven para las cosas más viles! Mira, hija mía, esta puerta arruinada y en arco gótico, es la de la capilla de los Cartujos, fundada por un rey de Francia; hoy sirve para almacenes de heno; otras iglesias las han cambiado en cuadras; ponen los animales en el sitio del altar, y aún es mejor los animales que las divinidades paganas... La iglesia de Nuestra Señora es el templo de la Razón; la iglesia de San Eustaquio está dedicada á la Libertad, y Dios sabe las profanaciones que se han cometido en ella! El otro día me escondí en una antigua iglesia que parecía muy devota; era un templo de *teofilántropos*, y un hombre alto, vestido de blanco, como en las barracas de la feria, cantaba un aire de ópera y ofrecía flores al Eterno. ¡Y esto, en el reino cristianísimo! ¡Ah, mi pobre niña, ójalá que tú veas otros tiempos mejores!

— Tiempos mejores serán cuando se vaya á la iglesia sin esconderse, y cuando vuelva mi padre.

Vicente no le respondió sino con una mirada cariñosa.

Llegaban. En una de las calles más antiguas de ese barrio solitario se levantaba una vieja capilla dedicada á San Bartolomé, que había pertenecido al gremio de los curtidores. En el momento en que estalló la revolución, era propiedad de un particular, y de ese modo escapó á la destrucción.

Por fuera no dejaba ver ningún carácter religioso: su remate elevado no se distinguía en nada de los otros edificios antiguos que le rodeaban, y su puerta un poco baja no llamaba la atención; se hubiera necesitado la vista de un anticuario para descubrir en los muros ennegrecidos antiguas marcas lapidarias y los emblemas del cuerpo de artesanos que se reunía allí otras veces. Por dentro era una bóveda alta y atrevida que caía sobre los muros, sin pilares ni columnas, y tres ventanas elevadas dominando el altar, esparcían en ella una luz viva.

Hacía ya mucho tiempo que habían derribado el altar, lo habían reemplazado con maderas cubiertas con un lienzo blanco, y encima un gran crucifijo y candelabros. Doce estatuas mutiladas por los años, representando á los Apóstoles, se elevaban bajo baldaquinos góticos, y parecían presidir la asamblea.

Era esta numerosa; muchas mujeres, algunos hombres la componían, y todas las clases de la sociedad habían dado su tributo. Todos parecían muy recogidos, más que lo hubieran estado nunca bajo la cúpula de Santa Genoveva ó bajo las bóvedas sublimes de Nuestra Señora. Empezó la Misa, el sacerdote que subió al altar, antiguo cura de una de las grandes parroquias de París, no había cesado de ejercer su ministerio con peligro de su vida, y también, había durante el terror, instruido, construido, perdonado; bautizaba á los niños á la cabecera de la cama de sus madres y los alistaba en la milicia cristiana; reconciliaba á los penitentes, corría hácia los moribundos, exponiéndose con santa audacia á la prisión y á la muerte. Dios, que según la expresión de un santo, permite algunas veces que una tela de araña se haga una muralla; Dios le escondió, lo salvó en medio de los más peligrosos encuentros, y dejó á este justo en Sodoma para interceder por los pecadores. Celebraba el Sacrificio divino con tanta dignidad y tranquilidad como lo hubiera hecho un día de Pascua en su parroquia. En el evangelio dijo algunas palabras de exhortación á su auditorio: su palabra estaba llena de dulzura y de suavidad; parecía que de la cruz que le había sido sujeta no había brotado más que miel. Todos le escuchaban con respeto, pero nadie con tanta atención como Carlota. Había llegado para ella la soñada felicidad, las conversaciones de la señorita de Offremont, las lecturas que había leído, el ejemplo y las palabras de Vicente habían madurado su fe infantil, y el mayor deseo que tenía era el de asistir á los divinos misterios, de ver al sacerdote en el altar y

de adorar en el cáliz á Nuestro Señor presente en la sagrada Eucaristía. En el momento de la Consagración, le parecía que su Dios estaba visible á su mirada; rezaba, y lágrimas de éxtasis bañaban sus mejillas.

— ¡Qué! ¡se ha concluido! — dijo muy bajo á Vicente cuando los fieles se retiraron con lentitud — ¿No está ya Dios aquí?

— No, hija mía, pero volverá, y te voy á presentar al señor cura, para que haga el favor de instruirte para la Santa Comunión.

— Seguramente, la admitiré á la Santa Mesa y con gozo — dijo el cura después de haber examinado á Carlota. — Haga usted que venga á la doctrina en la semana, y todos los domingos le haré un pequeño exámen, y dentro de tres meses, querida niña, harás tu primera Comunión.

Es un pacto de fidelidad con Dios el que contraes. ¿Lo comprendes?

— Si señor — respondió con voz baja. — Dios sabe que quiero amarle toda mi vida.

— ¡Que El te dé su santa gracia para cumplirlo, hija mía! con ella, uno es siempre feliz y libre — dijo el sacerdote, repitiendo sin saberlo las palabras de Calixta.

Estos dos meses fueron los más hermosos que Carlota había conocido, se instruíó en la ciencia sagrada, recibía instrucciones que conmovían su corazón, aspiraba al Soberano Bien, y todos sus pensamientos, dirigidos á un objeto solo, bastaban á hacerla buena y feliz al mismo tiempo. Pasaron pronto estos hermosos meses de preparación, y el 15 de Agosto, fiesta de María, día que antiguamente lo celebraba toda la Francia, fué el día elegido para el Santo Banquete. Delfina consintió en acompañar á su hija, y muy temprano se encaminó hacia la iglesia con su madre y su anciano amigo.

— No es como otras veces, Señora — decía Vicente — En este día ¡qué de flores, qué de colgaduras en las calles, qué hermosa festividad la del voto de Luis XII! Y era monaguillo de San Vaast; me acuerdo de las hermosas procesiones que se hacían en el jardín y alrededor de los claustros, y no podía sospechar, cuando nos hacían aprender de memoria *Atalia*, que llegaría un día que nuestra iglesia sería tratada como el templo de Jerusalem, y qué podía decir también: «Sus sacerdotes están cautivos, sus reyes son rechazados.»

— Todo irá mejor — dijo con dulzura Carlota — ¡Mirad cuánta gente en la iglesia!

En efecto, la capilla estaba llena de una atenta muchedumbre. Colocaron á Carlota al lado de cinco ó seis niños que también iban á hacer como ella su primera Comunión. No había allí el esplendor de antes; el altar no brillaba con el resplandor de los cirios, reflejado en los diamantes del Viril; los vestidos sacerdotales no ofrecían á las miradas esos magníficos bordados, pintura á la aguja, que se admiraban otras veces; el órgano no hacía subir hasta el cielo los himnos sagrados; el incienso no humeaba en los incensarios de oro; los niños mismos, vestidos con sus trajes de diario, sin velas y sin coronas, sin flores y sin cirios, no tenían otra preparación más que la del corazón; pero sin duda el divino Maestro estaría satisfecho, si todas estas almas infantiles estaban adornadas con la noble inocencia y con el tierno amor que brillaba en Carlota. Recibió á su Dios, Aquel que amaba su alma, y su madre se enterneció y casi se asustó al ver la gran emoción de esta niña, anonadada por una felicidad sobrenatural. Después que pasó la primera emoción de tan grande felicidad, se quedó tranquila, escuchó con calma la palabra interior, y en plena posesión de sí misma se entregó toda á Jesucristo, consagrándole sus labios, diciendo: «¡Que tu nombre sea santificado!» Su corazón, repitiendo: «¡Vénganos el tu reino!» Su vida entera, diciendo: «¡Hágase tu voluntad!»

Se había concluido la indiferente infancia; este día de felicidad era la puerta que se abría á la vida seria. Iba á llegar tal vez el combate y el sacrificio; pero el amor, que hace que la Cruz sea buena y querida, la preparó para recibirlos.

VIII

UNA VISITA

Habían pasado seis meses de aquel gran día; la República, por la mano de Bonaparte, acababa de firmar la paz de Campo Formio; todo renacía en Francia. Sin embargo, la situación de la pobre nobleza no cambiaba, y veía llegar á la fortuna, honores, gloria, á nombres ayer enteramente desconocidos; le parecía ver á los francos, aún bárbaros, poniéndose sobre los galos de raza senatorial.

Nada había cambiado en la posición de la señora de Neuville; siempre pobre, olvidada de los felices, bajo la custodia de un anciano, custodiando ella



misma á una niña, y sin haber tenido ninguna noticia del marqués, su vida entera parecía condenada á la soledad, á la viudez y al trabajo, y ella no podía resignarse á esto.

Caía la tarde, y como todas las otras tardes, todas parecidas las unas á las otras, ella hacía un trabajo de aguja, mientras que Vicente leía un libro devoto (era su única distracción). Carlota, sentada delante de un bonito piano que le había prestado el amigo Durval, tocaba una sonata fácil; se oían en la cocina las idas y venidas de la criada; en una hora, según invariable costumbre, subiría Durval, daría una corta lección de música y solfeo, y hablaría de los sucesos del día. Después que se fuera, Vicente empezaría de nuevo sus escrituras, Delfina copiaría una ó dos páginas de música, Carlota se retiraría: tal era el orden invariable. El día siguiente sería igual á la víspera; nada quebrantaba la uniformidad de estos días, que se iban sin grandes trabajos, es verdad, pero también sin placeres; tan tranquilos, que no se podía decir que fueran desgraciados; tan monótonos, que no se podía encontrar en ellos felicidad.

Delfina se hacía estas reflexiones; se decía:

— ¡Aún otro día que se parece á los demás! ¡y mañana será lo mismo! ¡Qué fastidio! ¡qué tristeza! En la prisión no me aburría tanto; vivía esperando; aquí no siento nada, y sin embargo no puede quejarme de nadie! Este anciano que se mata trabajando para hacerme vivir, mi pobre Carlota, tan interesante, no pueden, sin embargo, ahuyentar el tedio que me consume... Siempre los mismos objetos, los mismos espectáculos, las mismas conversaciones... ¡ningún sentimiento nuevo! ¡Ay! ¿Qué hacer?

En este momento, llamaron con fuerza á la puerta. Vicente saltó en su silla y exclamó:

— ¡No es Durval el que llama tan fuerte!

Se abrió la puerta, y un hombre alto, con uniforme entró precipitadamente y fué á echarse al cuello de Vicente, repitiendo con enternecimiento:

— ¡Mi tío! ¡mi buen tío! os vuelvo á ver por fin!

Vicente lo alejó un instante de su pecho, lo miró, lo volvió á estrechar entre sus brazos, y dijo con sollozos que le ahogaban:

— Mi pobre Marcelo, ¡eres tú!

Quedaron un rato silenciosos, con las manos enlazadas, y mirando el uno á su padre adoptivo, el otro al niño que había visto partir, y que volvía con la frente morena, lleno de cicatrices, y llevando la espada y las charreteras con los cordones de oro. Había desaparecido el adolescente: lo reemplazaba el hombre, en la hermosura de la edad viril.

Delfina se había echado hacia atrás atrayendo hacia ella á Carlota, mientras que el tío y el sobrino se reconocían y se abrazaban. Pero Marcelo la vió, y adelantándose hácia ella la saludó profundamente, de una manera que justificaba el dicho de la Bruyère: «El aire de pueblo se pierde muy rara vez en la Corte, pero siempre se pierde en el ejército.»

— Es la señora marquesa y la señorita Carlota, la hija de nuestro buen amo — exclamó Vicente.

Marcelo saludó de nuevo, pero menos profundamente; esta palabra de *amo* había disminuído sus demostraciones de política. Delfina le dirigió algunas palabras lisonjeras para él y que Vicente agradeció mucho; se tranquilizó, sentándose al lado de su tío; hablaron tan tranquilamente como es posible que se haga después de una separación de muchos años. Se cruzaban las preguntas. A las de Marcelo, las respuestas fueron cortas: ¿se informaba de sus parientes, de los amigos que habían quedado en el pueblo? Ha muerto; se ha casado; ha marchado como tú á la guerra, pero no ha vuelto. A las preguntas del anciano, á las respuestas se seguían largos relatos; quería saber cómo su sobrino, que había marchado quinto, volvía de teniente coronel, por qué etapas tan grandes había marchado á la gloria, dónde había recibido esa cicatriz, en qué campo de batalla había estado á punto de perecer; y cediendo al amor de la familia, á la voz de la sangre, el anciano realista se admiraba de escuchar con simpatía al soldado republicano, y de casi admirar con él al joven general del puente de Arcole y de Marengo.

Marcelo se interrumpió el primero, y con tono respetuoso, dijo:

— ¿Dónde está el señor de Neuville? ¿Tenéis noticias de él, querido tío?

— No hijo mío, esta es mi gran pena; pero cuento contigo para dar algunos pasos. Volveremos á hablar sobre esto.

El reloj señalaba las once: hacia mucho tiempo que no se acostaban tan tarde en esta casa tan tranquila. Carlota estaba ya dormida, pero su madre velaba, y se admiraba que pasasen las horas tan pronto.

Volvió al día siguiente, volvió casi todos los días. El cariño que había tenido por su tío desde la infancia, parecía que había aumentado con tan larga separación, y aunque representasen los dos principios,

el antiguo y el nuevo, el derecho y la fuerza, el culto religioso de lo pasado y las aspiraciones apasionadas por lo porvenir, sin embargo, sus corazones se entendieron. Pasados los primeros días, Vicente no admiró tanto al brillante general que había hecho á su sobrino coronel; las creencias y las tradiciones de toda su vida reaparecieron, y muy á menudo las conversaciones de la velada se cambiaban en discusiones muy amistosas, pero también muy acaloradas. Delfina no tomaba parte en ellas, escuchaba atentamente sin decir nada; Marcelo, lleno de juvenil presunción, hijo de sus obras y orgulloso con serlo, atacaba sin reserva á la monarquía, la distinción de las clases, los privilegios, los derechos de la nobleza, las posesiones del clero; Vicente se armaba con sus conocimientos históricos, devolvía al pasado, que ha civilizado la Francia, el homenaje que se le debía, y tomando á su vez la ofensiva, pintaba á la Revolución tal como la había visto, entregando el reino más hermoso después del del cielo al populacho más vil que había habido nunca, torrente de cieno, que arrojó por sus olas las cabezas cortadas, y no dejó á sus orillas más que ruinas. Pero á estos hombres horribles, Robespierre, Couthón, Marat, Lebón, Sneider, Carrier, el joven oficial respondía citando otros nombres escritos sobre ese glorioso estandarte que cubrió como con un brillante velo las desgracias y los crímenes de la patria.

Se le citaban los tiranos, él citaba los héroes; se hablaba de ruinas y de despojos, él apelaba al porvenir que debía repararlos, y su joven entusiasmo lo hacía casi elocuente. Algunas veces, cuando comprendía que la vivacidad de la discusión lo había llevado demasiado lejos, se volvía con aire melancólico hacia la señora de Neuville y le decía:

— ¡Perdonad, señora! Si todos los nobles se hubieran parecido á vuestra noble familia, el pueblo los hubiera bendecido y amado. ¡Pero los demás!

— Tú no sabes nada de eso, sobrino; los juzgas por los discursos de los demagogos; es lo mismo como si el lobo defendiese el pleito de las ovejas!

Y se reanudaba la discusión. Pero Delfina se admiraba que las fogosas peroratas de este joven contra la casta á la cual pertenecía, no le ofendían; los argumentos de Vicente la dejaban fría, no le daba siempre la razón, y algunas veces se sentía con ganas de aplaudir las palabras de Marcelo y sonreía con él al porvenir de gloria y de poder que profetizaba para la Francia y á los tenientes del poderoso capitán, cuyo genio debía reparar todos los males sufridos. Se ponía cada momento más triste y silenciosa; la misma dulzura de su carácter se alteraba algunas veces, y un día que Carlota le dijo sencillamente: ¡Mamá, no me gusta mucho Marcelo, porque ha hablado mal de los sacerdotes y de los pobres nobles! La reprendió fuertemente. Carlota lloró; y la señora de Neuville se encerró en su cuarto, donde también lloró; se quedó sola toda la velada.

Apremiado por Vicente, había dado Marcelo muchos pasos en el Ministerio de Negocios extranjeros, pero no había podido saber nada del marqués.

— La señora de Neuville es viuda — dijo por fin Marcelo á su tío.

— No lo creo, nada lo prueba — respondió éste — ¿todos los días no vemos volver emigrados que vuelven de América, del fondo de Rusia, aun de la India, y que ciertamente no habían podido dar noticias tuyas á sus familias? ¡No! el señor marqués no ha muerto: ¡alguna cosa me lo dice aquí!

— Mi buen tío, eso es una ilusión. Pensad en la edad que tenía.

— Nada más que sesenta años. Su padre ha vivido más de ochenta, su abuelo ochenta y nueve, y consultando el libro de razón de la familia y los epitafios de las sepulturas, se ve que los Neuville es una casta sólida. Volverá, yo te lo digo.

Marcelo movió la cabeza; la discusión había tenido la misma conclusión que las demás; ninguno de los dos quedaba convencido.

(Se continuará.)

INTRODUCCIÓN AL OTOÑO

Por aquí va la senda
Que al valle se encamina;
Y, como en grata ofrenda,
Refleja la colina
La luz con que la tarde la ilumina.

A sus tristes reflejos
Se pinta el caserío
Dibujado á lo lejos;
Después, el soto umbrío;
Luego, la cinta azul que forma el río.

La rústica majada
Bajo el peñón blanquea
De pinos coronada;
Por la alta chimenea
Se escapa el humo que en el aire ondea.

Allá de olivos viste
Su falda el monte mudo,
Y allí la viña triste
Descubre el cepo rudo
De los risueños pámpanos desnudo.

La llanura desierta
Cambia el fruto en despojos,
Y la tendida huerta
Sólo ofrece á los ojos
La amarilla extensión de los rastrojos.

No la finge el deseo;
De la redonda era
Ya los contornos veo;
Le dan sombra ligera
Los álamos que pueblan la ribera.

Buscando la corriente
Detrás de aquella loma
Donde el agua impaciente
Angosto cauce toma,
El techo frágil del molino asoma.

Busca la vista avara
Junto al lagar vecino
La lóbrega almazara,
Que son raudal continuo
De blando aceite y de oloroso vino.

Más acá, lento arado
Lleva tarda pareja,
Que con paso cansado
Hunde la corva reja
Y el surco abierto á la semilla deja.

Cuelgan en forma varios
En las ramas sombrías
Los nidos solitarios,
Como cunas vacías,
Llenas de amor en los pasados días.

La luz se desvanece
Sobre el paisaje ameno,
Y á mis ojos lo ofrece
Bajo el cielo sereno
De antiguas dichas y recuerdos lleno.

Allí el hogar en donde
Fué mi cuna mecida
En la sombra se esconde;
Bajo su techo anida
La más dulce memoria de mi vida.

.....
José SELGAS.

LOS GRABADOS

SAINT GENERST.

El retrato que hoy ofrecemos á nuestros lectores es el de un hombre de talento que acaba de prestar un gran servicio á la causa de la Iglesia y de la sociedad en la vecina república.

Tratábase de reunir una cantidad considerable para el sostenimiento de las escuelas católicas de París, y Saint Generst la ha reunido. Y gracias á sus gestiones, no sólo se ha reunido los millones que hacían falta, sino que se ha reunido mucho más.

L'Univers decía: "hágase el milagro, y hágalo quien lo haga.. El milagro se ha hecho; y los católicos franceses se han mostrado agradecidos con quien lo ha hecho.

Nosotros al consagrar este recuerdo á Saint Generst entendemos sólo aplaudir el acto que ha realizado últimamente en favor de las escuelas católicas de la capital de Francia.

ELCHE Y SUS PALMERAS

El que ha visitado á Elche, hermoso pueblo de las inmediaciones de Alicante, tan conocido por nuestros poetas, no se olvidará seguramente de sus palmeras que convierten aquella región en una de las más amenas y deliciosas de España.

No debemos hacer aquí una descripción de aquel pueblo, y así nos limitaremos á decir que al reproducir por medio del grabado un cuadro lleno de belleza y de poesía, nos proponemos sólo mostrar á nuestros compatriotas que en nuestra patria se encuentra no poco de lo que buscan en extranjeros suelos.

SAN MIGUEL DE ESCALADA

Vease en el artículo que publicamos en la pág. 99 de este número.

LOS CHESOS DE ARAGÓN

Con el trasiego de gentes que produce la facilidad de las comunicaciones, van perdiéndose las costumbres y los trajes especiales de cada comarca. Pero aun algunas de ellas se conservan, á pesar de las mudanzas modernas, y como ejemplo podemos citar el traje de los Chesos, que representa nuestra lámina.

LA LUNA Y LA TARDE

Abandonando celosa
Las regiones orientales,
En busca del Sol querido,
La Luna al Ocaso parte.

Allá encendieron sus celos
Los obsequios, los afanes
Que á una virgen ¡y cuán bella!
Prodigó el pérfido amante.

Ella misma de la Aurora
Sorprendió las tiernas frases;
Ella misma vió en su frente
Las perlas y los diamantes;

Aun encontró en torno suyo
Las rosas sin marchitarse,
Y rosas más encendidas
Animando su semblante.

Ora acá, porque no quede
Traición que no lo delate,
Perfidia que no la humille,
Ni esperanza que la engañe,

La triste á llegar acierta
Cuando otra virgen, la Tarde,
Del amador licencioso
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,
Melancólico el semblante,
Suelos de su veste al viento
Los pajizos tafetanes,

Sobre la cumbre de un monte
La halló extasiada en mirarle,
Cuando él triunfante volaba,
De su dolor sin cuidarse.

Las quejas que ésta le envía
Un punto aduermen sus males;
Que suple al bien la venganza
En despechados amantes.

Mas pronto advierte esparcidos
A las plantas de la Tarde,
Del reciente galanteo
Los despojos criminales:

Aquí relumbra un topacio,
Allí un zafiro, acá yace
Olvidado un cerco de oro,
Joyas de las sienas reales;

Y los tapetes de grana
Salpicados de diamantes,
Que en su desórden le dicen
Lo que soportar no sabe.

Pálida como la muerte,
mirando vestigios tales,
Faltarle siente las fuerzas,
Ansias de morir sobrarle.

Una á otra, frente á frente,
Contempláronse un instante,
Cuanto en belleza distintas,
En desventuras iguales;

Y á lamentar su abandono
Entrambas fueron, la Tarde
En el seno de la noche,
La Luna en el de los mares.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Los ruidos del sol.—Mr. Graham Bell ha visitado recientemente el Observatorio de astronomía física de Meudón, en el que se acaban de sacar fotografías de todas las regiones del espacio celeste. Este Observatorio constituye una especialidad en la representación del sol. Allí se obtienen grandes fotografías por cuyo medio se podría seguir paso á paso los cambios que se operan en la superficie del astro, y cuya naturaleza no puede ser penetrada sino á condición de que se conozca su encadenamiento.

Mr. Janssen, valiéndose de métodos que le son propios, mostró al ilustre visitante estas imágenes, é insistiendo acerca de la prodigiosa movilidad de fisonomía de su modelo predilecto, surgió en la mente del americano la idea de que el fotófono podría hacer llegar hasta nosotros la resonancia de los ruidos formidables que acompañan en la superficie del sol á los movimientos de la materia fotosférica.

Adiávnase fácilmente el efecto que esta observación produciría en Mr. Janssen. Inmediatamente puso á disposición de Mr. Bell todos los recursos de su laboratorio, ansiando la comprobación de una idea tan grandiosa.

Hace pocos días Titán resplandecía en el cielo. El sabio americano corrió á Meudón y se procedió al experimento proyectado, interrogando ó explorando por medio del cilindro de selenio (que en fonografía sirve para hacer hablar á la luz) las diversas partes de una bella imagen reflejada del sol, imagen de 65 centímetros de diámetro. «Los fenóme-

nos, dice Mr. Janssen, no parecen bastante marcados para poder afirmar el éxito, pero Mr. Bell no desespera del triunfo mediante nuevos estudios.»

Mr. Janssen cree que se aumentarían las probabilidades de un buen resultado, procediendo de la siguiente manera:

Dadas fotografías de un mismo punto del sol, de una misma mancha, por ejemplo, fotografías tomadas á intervalos de tiempo bastante grandes para mostrar notables variaciones en la constitución de esa mancha, se las hace pasar con una velocidad conveniente ante un objetivo que dé las imágenes conjugadas sobre el aparato de selenio.

Cuando se interroga directamente la imagen solar, como lo ha hecho Mr. Bell, «las variaciones que se producen, aunque respondan á cambios considerables en la superficie del sol, no son bastante rápidas en nuestros instrumentos, aun los más poderosos, para determinar en el aparato fotofónico la producción de ruidos perceptibles.»

Por el contrario, el método de Mr. Janssen daría «en cierto modo el medio de condensar, en tan corto tiempo como se quisiera, variaciones que en las imágenes solares son demasiado lentas para producir un ruido por la acción de la pila fotofónica.»

Las fotografías solares y los aparatos fotofónicos igualmente necesarios para la experimentación de esta idea, habiendo sido ofrecidos simultáneamente los primeros por Mr. Janssen á Mr. Bell, y los segundos por Mr. Bell á Mr. Janssen, enviándose uno á otro el honor de la comprobación, podemos esperar, que dentro de poco, ya aquí, ya allí arriba, ya que no en los dos mundos á la vez, veamos resuelta la cuestión de solubilidad del problema, cuestión que hubiera parecido absurda hace poco más de diez años, y que hoy parece tan sencilla.

¿Qué número de diarios se publican actualmente en el mundo entero? La friolera de veinte y tres mil doscientos ochenta y dos. De éstos, 13.600 ven la luz pública en Europa, 388 en Asia, 50 en África, 9.127 en América y 100 en Australia.

En Alemania ven la luz pública 3.770 diarios; en Inglaterra, 2.500; en Francia, 2.000; en Italia, 1.226; en Austria, 1.200, y en Rusia, 500.

Fuerza de la vegetación.—En sus ensayos sobre la Historia Natural, cuenta Waterton, que una nuez oculta bajo una piedra de molino por algún animal roedor, empezó á germinar y el tallo fué introduciéndose por la abertura del centro de la piedra. De año en año el nogal crecía y se ensanchaba. Cuando hubo llenado enteramente el agujero, oprímido en su desarrollo comenzó á levantar insensiblemente la enorme masa de piedra, y hoy día la muela, únicamente sostenida por el tronco del árbol, se halla á veinte centímetros del suelo. El nogal tiene 8 metros de alto y produce excelentes frutos.

Un remedio contra la gota.—Federico Guillermo, Rey de Prusia, padre de Federico el Grande, durante los últimos años de su vida, estaba muy atormentado de la gota. Cuando sus sufrimientos no eran tan vivos, se divertía en pintar. Se sabe que había hecho buscar por toda Europa y aun por Asia hombres de talla gigantesca para su ejército porque decía que eran su mejor ornamento. Cuando la gota le obligaba á permanecer encerrado en su habitación se entretenía en retratarlos; y algunos viajeros aseguran que se ven todavía en Berlín pinturas de este monarca por debajo de las cuales se leen estas palabras trazadas de su mano: *Fredericus-Wilhelmus in tormentis pinxit.*

Cuando los accesos de gota le hacían dar gritos, el rey de Prusia se entregaba á los más furiosos transportes. En estos momentos era muy peligroso acercarse á él, y sus médicos le aconsejaban que diese rienda suelta á toda su cólera, pero guardando éstos, al recetarle semejante remedio, una respetuosa distancia entre ellos y el monarca.

El rey estaba generalmente armado de un enorme bastón de caña, que más de una vez habían probado las costillas de sus súbditos. Si acontecía encontrar en las calles de Berlín una mujer sola, la perseguía á palos con el pretexto de que debía estar ocupada en las faenas de su casa, y otro tanto hacía con los pastores protestantes á quienes la curiosidad impulsaba á presenciar las revistas militares.

En fin, distribuía bastonazos con la mayor liberalidad. Era avaro y guardaba cuidadosamente su dinero hasta el extremo, si hemos de creer á sus cronistas, de que cuando encargaba un traje nuevo le hacía poner los botones del antiguo que eran de cobre.

Volvamos á la gota de Su Majestad prusiana. Después de una consulta de médicos los más distinguidos del reino, se había acordado colocar al lado de

Federico Guillermo á su cochero Fritz con la misión de excitar el mal humor del monarca, sufriendo las consecuencias, mediante una retribución de algunos ducados.

Un día que se hallaba sentado delante de un velador y colocaba algunos medicamentos que traía en una bandeja, empezó á burlarse amargamente de su cochero, reprochándole porque no hubiese excitado su cólera como en otras ocasiones.

— Hoy te hice llamar, le decía, y te desafío á que consigas distraerme.

— No desconfíeis de los locos, contestaba Fritz. — ¡Ja! ¡ja! continuaba el rey riendo, mi pobre Fritz, cómo te compondrás. Para ponerme en cólera me has encajado todo lo que sabías de más grosero, y por cierto que eres fuerte en este género.

— Ya he dicho al rey que era un pintor execrable.

— No, Fritz, tú eres el primero que me lo dice.

— Y lo repito.

— Sin emhargo, amigo mío, no se me desdena por mis obras; mis cortesanos se las disputan.

— Para reirse de vos. Un embadurnador de muestras no lo haría peor.

Y Fritz señalaba con el dedo un detestable retrato de un granadero que el rey tenía cerca de sí colocado en un caballete. Los ojos de Federico despedían chispas; más su amor propio de artista se consoló pensando que su cochero obedecía á las exigencias de su papel, obligado á despreciar su talento.

— ¡Ah! replico el rey, todos tus medios están muy usados y no conseguirás que me entregue á esas buenas cóleras de otras veces, que tanto me consolaban. Tú rebajas mis cuadros, pero te hago saber que el rey Luis XV los desea para adornar su palacio de Versalles.

— Salvo vuestro respeto, el rey Luis XV se burla de vos, y sé muy bien que la corte de Francia os llama viejo embadurnador.

— ¡Cómo! ¡Viejo embadurnador! dijo el rey, cogiendo su bastón.

Fritz como hábil táctico, vió que la cólera comenzaba á insinuarse porque su amo pasaba convulsivamente sus manos por los nudos de su gruesa caña.

— Sí, viejo embadurnador. Y sabéis lo que se decía de vos, que en vez de gastar tanto dinero en embadurnar, haríais mejor en comprar otros botones nuevos para vuestros vestidos.

— Mientes, Fritz, interrumpió el rey; tú abusas de la familiaridad que mis sufrimientos te han permitido; pero lo que acabas de decir ¿es la opinión que se tiene de mí?

— Sí: ved ahí cuatro vestidos en los cuales he visto yo los mismos botones, y observo que cuando los dejáis están raídos é inservibles. ¡Qué majestuoso y espléndido para un rey!

Federico estaba ardiendo de cólera, pero aún se contenía. Entonces el valeroso Fritz, viendo que no le restaban más que los grandes medios de irritar al rey, y penetrado de la alta misión que se le había confiado, derribó de un puñetazo todo lo que había en el velador, y de un puntapié el caballete con el cuadro del granadero.

— ¡Ah! esta es demasiada insolencia, gritó el rey fuera de sí; y se puso á descargar palos sobre las costillas de su cochero con la familiaridad que le era habitual.

— ¡Muy bien, muy bien! exclamaba su víctima; ¡todavía más fuerte! Siempre sobre la espalda. Bueno, consolaos; ved ahí unos golpes bien aplicados. Siempre sobre la espalda.

Y el rey sacudía á fuerza de brazo sobre el cuerpo del paciente. Fritz tenía sus razones para desear que los golpes buscasen con preferencia su espalda á la que había acorazado.

Los guardias al oír este ruido decían á los que esperaban en la pieza vecina ser admitidos en la audiencia de Federico:

— Esto no es nada, es el rey que divierte su gota.

Cuando Su Majestad se cansó de pegar y que una feliz transpiración hubo dado cierta elasticidad á sus miembros y un curso más rígido á sus humores, miró á Fritz con aire compasivo.

— Mi pobre Fritz, dijo Federico, los médicos son unas criaturas bien crueles en proponer remedios á costa de pobres diablitos como tú. Toma, he ahí diez ducados por tu trabajo.

Doy las gracias á Vuestra Majestad por su benevolencia, respondió Fritz con voz lastimera, señalando una parte de su cuerpo.

— Vete, Fritz, dijo el rey teniendo siempre su bastón en la mano, porque aún me dan ganas de volver á medir tu ancha espalda. Decid que entren los que esperan audiencia.

Mas nadie había en la antecámara; todos habían huido temiendo que el rey repitiese con ellos la escena del cochero.



CHESOS DE ARAGÓN.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.

HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid